



LA TORRE ELEVADA

GANADORA PREMIO PULITZER

AL-QAEDA Y LOS
ORÍGENES DEL

11-S

«EL LIBRO DEL AÑO» JOHN LE CARRÉ

«LITERATURA COMO VERDAD»

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

LAWRENCE WRIGHT

La torre elevada narra la increíble historia de varios hombres cuyos destinos se entrecruzan y confluyen de forma dramática el 11 de septiembre de 2001. Con una precisión poco común, sustentada en más de quinientas entrevistas realizadas a lo largo de cinco años, nos describe el auge del fundamentalismo islámico, la creación de al-Qaeda y los errores cometidos por los confiados servicios de inteligencia que culminaron en el atentado de las Torres Gemelas.

Lawrence Wright recrea de modo excepcional la transformación de Osama bin Laden y Ayman al-Zawahiri de combatientes idealistas e incompetentes en Afganistán a líderes del grupo terrorista más temido de la historia; y sigue de cerca a John O'Neil, jefe de la sección de contraterrorismo del FBI y uno de los pocos agentes estadounidenses que comprendió, ya en los años noventa, la magnitud de la amenaza que representaba dicha organización.

Lleno de información, con una profunda perspectiva histórica, este es el mejor libro escrito sobre los orígenes de al-Qaeda y la muerte de Bin-Laden.

Obra galardonada con el Premio Pulitzer.

Índice de contenido

Prólogo

1. El mártir
 2. El Club Deportivo
 3. El fundador
 4. Cambios
 5. Los milagros
 6. La base
 7. El retorno del héroe
 8. El paraíso
 9. Silicon Valley
 10. El paraíso perdido
 11. El Príncipe de las Tinieblas
 12. Los niños espías
 13. Hégira
 14. Entrar en acción
 15. Pan y agua
 16. «Ahora empieza»
 17. El nuevo milenio
 18. ¡Bum!
 19. La Gran Boda
 20. Revelaciones
- Epílogo a la edición de 2011

Personajes principales

Bibliografía

Entrevistas del autor

Agradecimientos y notas sobre las fuentes

Imágenes

Biografía

Notas

*Para mi familia,
Roberta, Caroline, Gordon y Karen*



Prólogo

EL DÍA DE SAN PATRICIO DE 1996, Daniel Coleman, un agente que trabajaba en la sede neoyorquina de la Oficina Federal de Investigación (FBI) y se ocupaba de casos de inteligencia exterior, condujo hasta Tysons Corner (Virginia) para tomar posesión de su nuevo destino. Las aceras seguían enterradas bajo la capa de nieve grisácea depositada semanas antes por la fuerte ventisca de aquel año. Coleman entró en un anodino rascacielos de oficinas del gobierno llamado Gloucester Building, tomó el ascensor y se bajó en el quinto piso. Se trataba de la estación Alec.

A diferencia de las demás estaciones de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), ubicadas en los diferentes países que vigilan, Alec era la primera estación «virtual» y se encontraba a solo unos kilómetros de la sede central de Langley. En el organigrama de la agencia aparecía catalogada como «Vínculos financieros terroristas», una subdivisión del Centro de Antiterrorismo de la CIA, pero en la práctica se dedicaba a rastrear las actividades de un único individuo, Osama bin Laden, cuyo nombre había aflorado como principal financiador del terrorismo. Coleman había oído aquel nombre por primera vez en 1993, cuando una fuente extranjera había mencionado a un «príncipe saudí» que financiaba una célula de islamistas radicales que planeaba volar lugares emblemáticos de Nueva York, como la sede de las Naciones Unidas, los túneles Lincoln y Holland, e incluso el edificio de Federal Plaza 26 donde trabajaba

Coleman. Tres años más tarde, el FBI por fin había encontrado tiempo para enviarle a examinar la información recopilada por la CIA con objeto de determinar si había motivos para iniciar una investigación.

La estación Alec ya tenía treinta y cinco volúmenes de material sobre Bin Laden, que en su mayor parte consistía en transcripciones de conversaciones telefónicas captadas por los oídos electrónicos de la Agencia de Seguridad Nacional. Coleman halló el material repetitivo y poco concluyente. Aun así, abrió un expediente sobre Bin Laden, más que nada para reunir toda la información por si se daba el caso de que el «financiero islamista» resultaba ser algo más que eso.

Como muchos otros agentes, Dan Coleman se había preparado para combatir la guerra fría. Había ingresado en el FBI como archivero en 1973. Culto e inquisitivo, Coleman se sentía atraído por el contraespionaje. En los años ochenta se dedicó a reclutar espías comunistas en el seno de la populosa comunidad diplomática que gravitaba en torno a las Naciones Unidas; uno de los más valiosos fue un agregado de Alemania oriental. Sin embargo, en 1990, recién acabada la guerra fría, se incorporó a una unidad que se ocupaba del terrorismo en Oriente Próximo. Su trayectoria hasta aquel momento apenas le había preparado para este nuevo giro en su carrera, pero lo mismo se podía decir de todo el FBI, que consideraba el terrorismo más una molestia que una amenaza real. Resultaba difícil creer que, en aquellos radiantes días que siguieron a la caída del muro de Berlín, Estados Unidos todavía tuviera algún enemigo real.

Después, en agosto de 1996, Bin Laden declaró la guerra a Estados Unidos desde una cueva de Afganistán. La razón que alegó fue que seguía habiendo tropas estadounidenses en Arabia Saudí cinco años después de la primera

guerra del Golfo. «El terror contra vosotros, que lleváis armas en nuestra tierra, es un derecho legítimo y una obligación moral», declaró. Decía hablar en nombre de todos los musulmanes e incluso se dirigió personalmente al secretario de Defensa estadounidense, William Perry, en su larga fatwa: «A ti, William, te digo esto: estos jóvenes aman la muerte como tú amas la vida. [...] Estos jóvenes no te pedirán explicaciones. Cantarán que entre nosotros no hay nada que precise una explicación, que solo caben el asesinato y los golpes en el cuello»^[*].

A excepción de Coleman, en Estados Unidos eran pocos (incluido el FBI) los que conocían al disidente saudí o se interesaban por él. Los treinta y cinco volúmenes de la estación Alec mostraban la imagen de un multimillonario mesiánico, miembro de una familia extensa e influyente que mantenía una estrecha relación con los gobernantes del reino de Arabia Saudí. Bin Laden se había hecho un nombre durante la yihad contra la ocupación soviética en Afganistán. Coleman había leído los suficientes libros de historia como para comprender las referencias a las Cruzadas y a las primeras luchas del islam en el texto de Bin Laden. De hecho, una de las características más llamativas del documento era que parecía que el tiempo se hubiera detenido hacía mil años. Existía el «ahora» y el «entonces», pero no había nada en medio. Era como si, en el universo de Bin Laden, las Cruzadas aún no hubieran terminado. A Coleman también le resultaba difícil entender el porqué de tanta ira. «¿Qué le hemos hecho?», se preguntaba.

Coleman mostró el texto de la fatwa de Bin Laden a los abogados de la Oficina del Fiscal del Distrito Sur de Nueva York. Era curiosa, era extraña, pero ¿constituía un delito? Los abogados analizaron el lenguaje y encontraron un decreto de la época de la guerra civil, rara vez invocado, contra la conspiración sediciosa. El decreto prohíbe instigar

a la violencia e intentar derrocar al gobierno estadounidense. Era ilógico pensar que se le pudiera aplicar a un saudí apátrida en una cueva de Tora Bora, pero, sirviéndose de un precedente tan débil, Coleman abrió un proceso penal al hombre que se convertiría en el más buscado en la historia del FBI. Seguía trabajando completamente solo.

Unos meses más tarde, en noviembre de 1996, Coleman viajó a una base militar estadounidense en Alemania acompañado de dos fiscales federales, Kenneth Karas y Patrick Fitzgerald. Allí, en un piso franco, les esperaba un nervioso informador sudanés llamado Yamal al-Fadl, que afirmaba haber trabajado para Bin Laden en Jartum. Coleman llevaba consigo un *dossier* con fotografías de conocidos cómplices de Bin Laden, y Fadl enseguida identificó a la mayoría de ellos. Trataba de venderles una historia, pero no cabía la menor duda de que conocía a los protagonistas. El problema era que seguía mintiendo a los investigadores, adornando su relato y describiéndose a sí mismo como un héroe que solo quería actuar correctamente.

«Entonces, ¿por qué te marchaste?», quisieron saber los fiscales.

Fadl dijo que amaba Estados Unidos, que había vivido en Brooklyn y hablaba inglés. Después contó que había huido para poder escribir un *best seller*. Se mostraba nervioso y le costaba estarse quieto. Obviamente, tenía mucho más que contar. Hicieron falta varios días para conseguir que dejara de fabular y admitiera que había huido con más de 100.000 dólares del dinero de Bin Laden. Nada más hacerlo, comenzó a sollozar sin parar. Ese fue el momento crucial del interrogatorio. Fadl accedió a ser un testigo protegido en caso de que alguna vez se celebrara un juicio, lo que parecía poco probable, dada la poca solidez de los cargos que estaban considerando los fiscales.

Entonces, por iniciativa propia, Fadl comenzó a hablar de una organización llamada al-Qaeda. Era la primera vez que los hombres que se encontraban en aquella habitación oían mencionar ese nombre. Fadl describió los campos de entrenamiento y las células durmientes. Habló del interés de Bin Laden por conseguir armas nucleares y químicas, y dijo que al-Qaeda había sido la responsable de los atentados de 1992 en Yemen y de entrenar a los insurgentes que habían derribado los helicópteros estadounidenses en Somalia aquel mismo año. Dio nombres y dibujó organigramas. Los investigadores no salían de su asombro. A lo largo de dos semanas, durante seis o siete horas diarias, repasaron los detalles una y otra vez, examinando las respuestas de Fadl para comprobar si eran similares. Nunca varió su relato.

Cuando Coleman volvió a la oficina del FBI, nadie se mostró particularmente interesado por el caso. Estaban de acuerdo en que la declaración de Fadl era escalofriante, pero ¿cómo podían verificar el testimonio de un ladrón que encima era un mentiroso? Además, había otras investigaciones más urgentes.

Durante año y medio, Dan Coleman prosiguió en solitario con su investigación sobre Bin Laden. Como estaba destinado en la estación Alec, el FBI se olvidó más o menos de él. Gracias a las escuchas telefónicas de los negocios de Bin Laden, Coleman pudo trazar un mapa de la red de al-Qaeda, que se extendía por todo Oriente Próximo, África, Europa y Asia Central. Se alarmó al descubrir que muchos de los miembros de al-Qaeda tenían vínculos con Estados Unidos y llegó a la conclusión de que se trataba de una organización terrorista mundial cuyo objetivo era destruir Estados Unidos, pero Coleman ni siquiera lograba que sus superiores respondieran a sus llamadas.

Coleman se tenía que enfrentar solo a las preguntas que más tarde se haría todo el mundo. ¿De dónde había surgido aquel movimiento? ¿Por qué había elegido atacar Estados Unidos? ¿Y qué se podía hacer para detenerlo? Era como un técnico de laboratorio que observara un portaobjetos con un virus desconocido hasta el momento. El microscopio estaba empezando a revelar las letales características de al-Qaeda. Se trataba de un grupo reducido que en aquel momento solo contaba con noventa y tres miembros, pero formaba parte de un movimiento radical mayor que se estaba extendiendo por todo el islam, sobre todo en el mundo árabe. Las posibilidades de contagio eran enormes. Los hombres que pertenecían a aquel grupo estaban bien entrenados y curtidos en la lucha y, al parecer, contaban con abundantes recursos. Además, estaban fanáticamente consagrados a su causa y absolutamente convencidos de que iban a salir victoriosos. La filosofía que les unía era tan irresistible que estaban dispuestos a sacrificar sus vidas, incluso con entusiasmo, por ella. Y al hacerlo querían matar al mayor número posible de personas.

No obstante, el aspecto más aterrador de esta nueva amenaza era que casi nadie se la tomaba en serio. Era demasiado estrafalaria, demasiado primitiva y exótica. Frente a la confianza que los estadounidenses depositaban en la modernidad, la tecnología y sus propios ideales para que los protegiera de las atrocidades de la historia, los gestos desafiantes de Bin Laden y sus seguidores parecían absurdos e incluso patéticos. Y, sin embargo, al-Qaeda no era una simple reliquia de la Arabia del siglo VII. Había aprendido a utilizar herramientas e ideas modernas, lo que no tiene nada de sorprendente, porque la historia de al-Qaeda había comenzado en Estados Unidos no mucho tiempo atrás.

01

El mártir

EN UN CAMAROTE DE PRIMERA CLASE, a bordo de un crucero que había zarpado de Alejandría rumbo a Nueva York, un débil escritor y profesor de mediana edad llamado Sayyid Qutb sufrió una crisis de fe^[1]. «¿Debo ir a Estados Unidos como cualquier estudiante normal, y contentarme con comer y dormir, o debo ser alguien especial? —se preguntaba—. ¿Debo aferrarme a mis creencias islámicas y resistir las muchas tentaciones de pecar o debo sucumbir a las tentaciones que se me presenten?»^[2] Era noviembre de 1948. El nuevo mundo, victorioso, rico y libre, se vislumbraba en el horizonte. Atrás quedaba Egipto, entre andrajos y lágrimas. Qutb no había salido nunca de su país natal. Y no se marchaba en aquel momento por voluntad propia.

El viajero era un soltero empedernido, un hombre delgado y moreno, con una frente ancha e inclinada, y un bigote estilo cepillo algo más estrecho que su nariz. Sus ojos delataban un temperamento autoritario y sumamente susceptible. Su aspecto era siempre muy formal y vestía trajes de tres piezas oscuros, incluso bajo el abrasador sol egipcio. A un hombre tan celoso de su dignidad, la perspectiva de volver a estudiar a la edad de cuarenta y dos años le podría haber parecido humillante. No obstante, aquel niño de una aldea de casas de adobe del Alto Egipto ya había superado el modesto objetivo que se había fijado, el de llegar a ser un miembro respetable de la administración públi-

ca. Sus textos de crítica literaria y social le habían convertido en uno de los escritores más populares de su país. También había provocado la ira del rey Faruk, el disoluto monarca de Egipto, que había firmado una orden de arresto contra él. Unos amigos poderosos y comprensivos tuvieron que organizar a toda prisa su partida.^[3]

Hasta entonces Qutb había ocupado un cómodo cargo de inspector en el Ministerio de Educación. Políticamente, era un ferviente nacionalista egipcio y anticomunista, una postura mayoritaria entre los numerosos funcionarios de clase media. Las ideas que darían origen a lo que más adelante se llamaría fundamentalismo islámico aún no habían tomado una forma definitiva en su mente; de hecho, más adelante confesó que ni siquiera era una persona demasiado religiosa antes de emprender el viaje,^[4] aunque había memorizado el Corán a los diez años de edad^[5] y recientemente sus escritos habían dado un giro hacia temas más conservadores. Como muchos de sus compatriotas, se había radicalizado debido a la ocupación británica y despreciaba la complicidad del cínico rey Faruk. Las protestas contra los británicos y las facciones políticas sediciosas empeñadas en expulsar del país a las tropas extranjeras, y quizá también al rey, estaban convulsionando Egipto. Lo que hacía que este banal funcionario de nivel medio fuera particularmente peligroso eran sus comentarios directos y contundentes. Nunca había destacado en la escena literaria árabe de la época, algo que le amargó durante toda su carrera, pero se estaba volviendo un enemigo molesto e importante para las autoridades.

En muchos aspectos era occidental: en su forma de vestir, en su amor por la música clásica y las películas de Hollywood. Había leído traducciones de las obras de Darwin y Einstein, Byron y Shelley, y se había empapado de literatura francesa, sobre todo de Victor Hugo.^[6] Aun así, ya antes de

emprender el viaje le preocupaba el avance de una civilización occidental avasalladora. Pese a su erudición, veía a Occidente como una entidad cultural única. Las diferencias entre capitalismo y marxismo, cristianismo y judaísmo, fascismo y democracia eran insignificantes comparadas con la gran dicotomía que anidaba en la mente de Qutb: el islam y Oriente por una parte, y el Occidente cristiano por otra.

Estados Unidos, sin embargo, se había mantenido al margen en las aventuras colonialistas que habían caracterizado las relaciones de Europa con el mundo árabe. Al final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos superó la división política entre colonizadores y colonizados. Era tentador imaginar a Estados Unidos como un parangón del anticolonialismo: una nación subyugada que se había liberado de sus antiguos amos y los había aventajado. La fuerza del país parecía radicar en sus valores, no en las ideas europeas de superioridad cultural o de privilegios de raza y clase. Y puesto que Estados Unidos se proclamaba una nación de inmigrantes, mantenía una relación permeable con el resto del mundo. Los árabes, como la mayoría de los pueblos, habían establecido sus propias comunidades en Estados Unidos y sus afinidades los acercaban a los ideales que el país afirmaba representar.

Por eso, Qutb, como muchos árabes, se escandalizó y percibió como una traición el apoyo que el gobierno estadounidense había prestado a la causa sionista después de la guerra. En el mismo momento en que Qutb zarpaba del puerto de Alejandría, Egipto y otros cinco ejércitos árabes estaban a punto de perder la guerra que consolidaría a Israel como un Estado judío en el corazón del mundo árabe. Los árabes estaban atónitos, no solo por la determinación y la pericia de los combatientes israelíes, sino por la incompetencia de sus propias tropas y las desastrosas decisiones de sus gobernantes. La vergüenza causada por aquella ex-

perencia marcaría el universo intelectual árabe más profundamente que ningún otro acontecimiento de la historia moderna. «¡Odio a esos occidentales, los desprecio! —escribió Qutb después de que el presidente Harry Truman respaldara el traslado de cien mil refugiados judíos a Palestina—. A todos ellos, sin excepción: a los ingleses, los franceses, los holandeses y, por último, a los estadounidenses, en los que tantos habían confiado^[7]».

El hombre del camarote había conocido el amor romántico, sobre todo los sinsabores del mismo. En una de sus novelas había descrito sin apenas disimulo una relación que había fracasado; después de eso, le volvió la espalda al matrimonio y afirmaba que no era capaz de encontrar una esposa adecuada entre las mujeres «deshonrosas^[8]» que permitían que se las viera en público, una postura que le condenaría a la soledad y el desconsuelo en la madurez. Seguía disfrutando de las mujeres —estaba muy unido a sus tres hermanas—, pero la sexualidad le intimidaba y se refugió en una coraza de desaprobación. Para Qutb, el sexo era el principal enemigo de la salvación.

La relación más preciada que tuvo en su vida fue la que mantuvo con su madre, Fatima,^[9] una mujer inculta pero piadosa, que había enviado a su precoz hijo a estudiar a El Cairo. Su padre había muerto en 1933, cuando Qutb tenía veintisiete años. Durante los tres años siguientes fue profesor en varios destinos provinciales, hasta que le trasladaron a Helwan, un próspero barrio de El Cairo, al que enseguida se llevó al resto de la familia para que viviera con él. Su madre, una mujer profundamente conservadora, nunca se llegó a adaptar y siempre estaba en guardia contra las crecientes influencias extranjeras, mucho más evidentes en Helwan que en la pequeña aldea de la que procedía, in-